



## Alderredor de Salmerón

En la mañana del domingo 19 de este mes de setiembre pudimos asistir en el Cementerio civil del Este de Madrid a un acto colectivo, recogido y sencillo. Fué un homenaje a la memoria de D. Nicolás Salmerón sobre la tumba en que yace el polvo que fué su luminoso cerebro y su ardoroso corazón. Y el acto del Cementerio civil fué un acto religioso y nos hizo recordar que la civilización fué, con la libertad y la justicia, el centro de la religión política del gran repúblico, que ha sido uno de los padres de la patria. Y pensamos que si la patria es patria es por haber sido su tierra cerebros y corazones de hombres así. Que por pocos que ellos hayan sido, un solo justo justifica a una legión de bellacos o de inconscientes.

Allí, sobre la tumba de Salmerón, recordábamos una frase de amargo desconsuelo que oímos un día de aquel otro hombre justo, y noble, y puro, todo luz y fuego de hogar — de brasa más que de llama — que fué Alfredo Calderón, el que nos dijo un día que no se resignaba a la derrota de la metafísica, de la suprema idealidad en filosofía. Y hoy asistirían uno y otro, Salmerón y Calderón, a la derrota — siquiera pasajera — de la política, de la verdadera política.

El materialismo histórico, este dogma del marxismo ortodoxo y de la conservaduría, es interpretado y sentido por la codicia, el ansia de goce y de holganza de consumidores que no gozan en producir, en crear. Pero esa doctrina llegará a ser depurada y elevada y afinada por productores, por creadores, por los que sientan que el más elevado goce es el de crear, el de hacer riqueza, no el de consumirla. Y Salmerón, que depuró, elevó y afinó el materialismo filosófico — o llámesele positivismo — a la mayor idealidad, sabría hoy sacar del materialismo histórico una política idealista que culminara en el principio de justicia. Que éste fué su lema.

Llegó Salmerón al más alto puesto de la magistratura pública en su patria, en España; llegó a ser jefe supremo del Estado, presidente de la República española, y como los otros tres ciudadanos que ocuparon igual oficio en aquella rápida República, no lo aprovechó para ninguna clase de seguro de vida. Conoció después las estrecheces y amarguras del destierro, y al morir se legó a sus hijos la más noble herencia que un hombre público puede legarles, y es la de que hayan aprendido a tener que trabajar para poder vivir. No les dejó acciones que les garantizaran una vida de holganza. Porque no fué Salmerón un «consejero» en el sentido técnico que tiene ya este calificativo. En nuestro actual período de apoliticismo de negocios y combinaciones financieras.

Breve, brevísimo fué el pase de Salmerón por el poder supremo; pero hubiera sido dilatado y largo, y no se le habría ocurrido aprovecharlo para lucrarse metiéndose en empresas y valiéndose de

su posición para jugar con el crédito público. Porque era todo lo contrario del déspota — republicano, como algunos presidentes de Repúblicas americanas, o regio, como algunos soberanos aprovechados y especulativos de monarquías europeas y asiáticas y africanas, — del déspota a la última moda del materialismo histórico. Era todo lo contrario de un Guzmán Blanco, de Venezuela, por ejemplo, o de un Milano de Serbia, o de un Leopoldo de Bélgica, o de un D. Carlos de Portugal.

Azarosa fué la historia de aquella breve República española, que no llegó a vivir un año; pero el desinterés y la austeridad de sus hombres se hizo proverbial. Ni Figueras, ni Pi y Margall, ni Salmerón, ni Castelar, hicieron fortuna; murieron más bien pobres. Los «negocios» se reanudaron luego con la Restauración. Y hoy llegan al colmo. Y toda clase de negocios, hasta los recreativos. Porque hoy aquí todo es juego. Incluso el pleito ese de las tarifas ferroviarias. España es hoy una especie de Principado de Mónaco. Y los puntos se apresuran a multiplicar sus posturas, temiendo el estallido que augura la revulsión sindicalista.

Amó Salmerón sobre todo la justicia, y por lo tanto su más noble y pura manifestación, que es la veracidad. ¿Quién no recuerda la luz de verdad que su palabra de fuego proyectó sobre la más negra vergüenza de la Regencia, que fué la derrota de Santiago de Cuba? Derrota que fué, a su manera, también una suerte de azar, una jugada para salvar un patrimonio.

El año de 1898 marca el fin de la política — por vacilante y oscura que fuese — y el principio de este régimen de negocios y de jugadas en que el lema parece ser: «¡Sálvese quien pueda!» Lo que quiere decir: «¡A hacer fortuna!» Joaquín Costa, el último profeta ibérico, tronaba en vano. Tronaba contra los caciques políticos cuando ya éstos eran sustituidos por los consejeros financieros. Al ansia de prepotencia, de dominio político, ha sucedido la codicia, el ansia de enriquecerse a costa del bien común. Porque el cacique, al fin, hasta se dejaba arruinar.

Escribimos estas líneas en la plaza de Oriente, de Madrid, viendo, mientras las pensamos, la estatua ecuestre de Felipe IV, al lado del primer teatro de la villa y corte de España, y enfrente de otro teatro, o más bien cine. Corriendo un

momento los ojos se nos aparecen sombras ohíscas que gesticulan sin decir nada. Y pensamos que si la vida es sueño, lo que se llama hoy aquí política no es más que juego.

Miguel de UNAMUNO.

